

Administración y Dirección  
Provisoria:  
RINCÓN N.º 523

# LA VANGUARDIA

ORGANO DEFENSOR DE LOS INTERESES DE LA RAZA NEGRA

Directores:  
Dr. Salvador Beterbide  
Sr. Isabelino José Gares

**Solidaridad y esfuerzo**

Secretario de Redacción:  
Carlos Cardozo Ferreyra



## SUSCRIPCION ADELANTADA

Capital por mes . . . . . \$ 0.25  
" " trimestre . . . . . " 0.65  
" " semestre . . . . . " 1.20  
" " un año . . . . . " 2.20  
Número suelto . . . . . " 0.15  
Argentina por mes . . . . . m/n 0.80

—ooo—

Administrador:

ENEQUIEL LARRAURA TEDIN

—:—:—

Aparece los 15 y 30 de cada mes

—:—:—

Los remitidos se reciben hasta el 11 y el 26 de cada mes

—:—:—

La correspondencia a nombre del secretario

—:—:—

Los originales no se devuelven

## LA VANGUARDIA

Montevideo, Abril 15 de 1928

## No somos Apóstoles

—ooo—

En cumplimiento del deber que nos hemos impuesto al aceptar la dirección de LA VANGUARDIA, hemos criticado, cada vez que fué necesario los defectos de nuestra raza. Entendemos que demostramos nuestro amor a ella, fustigando sin contemplaciones cada vez que un hecho nos demuestra la existencia de un mal, poniendo de manifiesto para combatirla, con más posibilidades de éxito, la, o las llagas que corroen nuestro medio ambiente.

Sin embargo, no sabemos, fundando se en que valederas razones, nuestra prédica, ha sido tomada por más de uno, (tal vez dolorido) como si ella fuese la expresión de una intención malevolente y para explicar o explicarse tal criterio, se ha dicho que nos falta talla para apóstoles. Lo reconocemos, siempre lo reconocimos. No somos ni hemos pretendido ser apóstoles por que, (tal el argumento de los doloridos), también nosotros tenemos defectos pues ello no sería óbice para que lo fuésemos, dado que bien sabemos que el discípulo predilecto de Cristo, su apóstol por excelencia, también los tuvo, y tan grandes, que hasta llegó a negar a su maestro.

No es necesario ser apóstol para tener el derecho, o más aún el deber de poner de manifiesto los males que nos aquejan, no es necesario ser apóstol para bregar por el resurgimiento de nuestra querida raza; basta para ello ser bien intencionado o aún menos, tener la intención de serlo. Nuestra raza, adolece de graves defectos que parecen fueran ingénitos en ella, pero que en realidad no son más que el fruto de desgraciadas coincidencias de

distintos factores sociológicos. Y contra ellos vamos a luchar con toda valentía, caiga quien caiga, sufra quien sufra.

No es ocultando la enfermedad por vergonzosa que ella sea que se consigue la curación de la misma.

Tenemos el firme convencimiento de que si conyudáramos en la obra de mejoramiento, que hemos emprendido conquistaremos bien pronto, mucho más pronto de lo que esperamos, el mejoramiento que anhelamos.

Continuaremos pues, firmes en nuestro puesto, cierto que factibles de error puede nuestra prédica ser a veces equivocada, pero seguros de la honestidad de nuestra intención no cejaremos en nuestros propósitos.

No somos apóstoles, pero seguiremos predicando.

## Apuntes de mi cartera

—xxxx—

MALEVOLOS

Es en vano: la ansiada reacción no nega, por el contrario, el mal parece agravarse amenazando contaminar todo nuestro ambiente social, manifestándose precisamente en aquellos momentos en que mayor cultura estamos obligados a demostrar.

Explicaremos a que mal nos referimos.

Se organizan — muy frecuentemente — fiestas en casas de familias congregando así grupos de nuestras familias conocidas en grata reunión de esparcimiento, todos se entregan noblemente al más sano placer, la alegría circunda radiante el placido ambiente de sociabilidad y cultura y el alma placentera se siente ufana ante la serenidad del deleite y la excelitud de la espiritualidad; los unos los más jóvenes entregados a la diabólica danza moderna muestran sus rostros juveniles en una eclosión magnífica de júbilo, pasan triunfantes como un rosario de elegantes onix y de delicadas y pálidas perlas.

Los otros que ya han perdido el espíritu inquieto de la juventud, (divino tesoro) encuentran en la amenidad de la charla y en la contemplación del destile brillante de los primeros el motivo de su regocijo y de su dicha.

De improviso y cuando todo el ambiente se encuentra saturado del perfume de la más fina gentileza y cordialidad entra a escena o mejor dicho se hace ver, pues ya estaba en ella, Don Juan Perdonavidas. ¿No lo conocéis? Es ese joven bien plantado, mejor vestido, de cuerpo atlético, que en todas las reuniones encuentra siempre el motivo para demostrar que es mas hombre que nadie; que a él no le roza en una danza otra pareja así sea por el mas simple desenfado, o por que la sala está demasiado repleta, que ya sea por que lo miraron o por que no le hi-

cieron o por que su dama (generalmente ella no sabe nada) baila con otro, arma el mas espantoso de los escándalos. Menester es sujetarlo entre muchos, grita, portia (a veces le da un ataque de nervios) en una palabra escandaliza; se produce terrible pánico entre las bellas y el bello ambiente de hace un instante, se ve empujando repentinamente por la compadrada, ese es el término, de don Juan Perdonavidas.

Luego de haber serenado, convencido que "aquí no ha pasado nada" y todo parece vuelto a la aparente normalidad siendo todos presa de una visible nerviosidad que resta el buen humor, mientras tanto el malévolo dándose perfecta cuenta de que el ha sido el perturbador y el guapo actor como el de las películas, adopta una absurda pose, pasea su mirada altiva, arruga las cejas, saca el pecho hacia afuera, y con gesto y ademán indómitos balbucea algunas palabras incoherentes cual si fuera el rugido de un cachorro del rey de las selvas, dando así una prueba inaudita de su cuasi ferocidad, de su desconocimiento a los preceptos y normas más elementales de moral y educación, pues el respeto, la consideración que nos merecemos recíprocamente es dictamen sagrado de todo buen varón.

Una reacción solidaria se impone de inmediato contra estos malos amigos — por sus temperamentos discolos — ya que están individualizados, la que puede consistir en suspenderles la entrada preventivamente en las tertulias sociales o reuniones familiares, con la convicción de que se corregirán de inmediato al darse cuenta de que no son personas gratas por lo irrisable de sus caracteres que los llevan a hacer inaceptables, volviendo de seguro al buen camino y demostrando con buena educación la gallardía y la altivez de un caballero de honor; pues lo cortés no quito lo valiente.

Nagel.

## Paliques culturales

—oooo—

Siempre recordará el autor de estos paliques, la plática que tuvo cierta vez con los caballeros Gares y Jorge Maciel Brown, sobre el tema del subtitulo. El señor Maciel Brown, con galanura de expresión y hondura de concepto, díjonos aquel día, ciertas cosas, cuyas sugerencias dan vida a este palique.

El tema es arduo, complicadísimo. Pero esperamos salir del atolladero.

Yo no sé aún que idea del **prejuicio de razas**, tiene mi colectividad.

Para mí, es ese desconocimiento que el blanco hace de los merecimientos del negro. Esa hostilidad y repulsión de que se nos hace objeto, todo por el matiz de nuestra piel.

Yo no sé aún, que idea — cual es la que prima, — sobre las armas que deberían usar, para con ellas bregar

por nuestros derechos: si el odio sin cuartel al blanco, o en la forma que él lo hace, cosa poco edificante esa y arma de valetudinarios, y que no nos daría ningún resultado practico a no ser el de empeorar nuestra situación, — o luchar por el acereamiento de ambas razas, — supremo ideal, — en una obra de sublime solidaridad humana y de reconocimientos recíprocos . . .

He aquí las dos fórmulas por una de las cuales ha de optarse. Y en el trance de explicar mi criterio, digo sin embajes, que la mas razonable, la más lógica, la mejor y más beneficiosa es la última . . .

Ahora bien; hablaremos de algo que está implícitamente en el alma del tema, y ello, además, va a manera de ilustración de mi idea.

Una vez en cierto baile, pura y exclusivamente para negros, se introdujeron varios blancos. Ellos eran cultos y ellos eran buenos, pero con gran descontento de nuestros jóvenes, vimos que nuestras chicas bailaban encantadas de la vida con ellos. . . No faltando el desprecio velado, para algunos de los jóvenes de nuestra raza que pretendían sacarlas a bailar. . . ! ¿Qué diremos a todo esto que es comprobable? Si nosotros mismos les damos a ellos el privilegio de que se sientan superiores? . . . ?

Pues señor, si el baile es para negros pura y exclusivamente, no hubo de permitirse entrada a blancos, salvo, como decía un prestigioso señor de nuestra raza, que **aquel blanco que entrare**, tuviera la credencial formidable de estar desposado con una persona de nuestra condición o pertenecer por un vínculo de tal consistencia a nosotros. Así, sí!

Hay más: para permitirse la entrada a un blanco, a una sala nuestra, es necesario lo que en párrafos anteriores dejé, apuntado, o, que ellos, cuando dieran sus fiestas, **donde hubiera que abonarse la entrada**, no anduvieran con restricciones improcedentes.

Así, no veníamos con malos ojos esta cuestión.

Por el contrario, sería el supremo ideal.

Pero, para tal cosa, es necesario, que nuestros hermanos no sean elásticos en sus decisiones.

Otro punto capital, es el que atañe a la manera, podríamos decir servir, con que tratamos a un blanco. El es el preferido. Y sus cabellos muchas veces ocasionan la pérdida de incantadas congéneres deslumbradas ante ese cropel ficticio, fantasista.

Como se nos trata a nosotros debemos de tratar. Así impondremos nuestros derechos.

Por falta de espacio, dejaré para el próximo número la continuación de este palique, al que ni siquiera creo haberlo esbozado.

Charles Zedocar.









## LITERARIAS



## de JUANA DE IBARBOUROU

Nuestra gran poetisa, una de las mas grandes de América, muestra al través de las producciones que publicamos la excelencia, la belleza y la firmeza de su alma formidable.

Maestro incomparable de la prosa, ejemplo maravilloso de serenidad y espíritu, maestro de la juventud, gloria de América.

## VIDA—GAFIO :: :: :: :: ::

Amante, no me lleves si muero al camposanto.  
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente  
Alboroto divino de alguna pajarera  
O junto a la encantada charla de alguna fuente  
A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra  
Donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos  
Alargados en tallos suban a ver de nuevo  
La lámpara salvaje de los ocaños rojos.  
A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea  
Más breve. Yo presiento

La lucha de mi carne por volver hacia arriba,  
Por sentir en sus tomos la frescura del viento  
Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos  
Pedrán estarse quietas.

Que siempre como topos arañarán la tierra  
En medio de las sombras estrujadas y prietas.  
Atrójanse semillas. Yo quiero que se enraicen  
En la greda amarilla de mis huesos menguados.  
¡Por la parda escalera de las raíces vivas  
Yo subiré a mirarte en los lirios morados!

## RAIZ SALVAJE :: :: :: :: ::

Me ha quedado clavada en los ojos,  
La visión de ese carro de trigo,  
Que cruzó rechinante y pesado,  
Sembrando de espigas el recto camino.

¡No pretendes, ahora, que ría!  
¡Tú no sabes en qué hondos recuerdos  
Estoy abstraída!

Desde el fondo del alma me sube  
Un sabor de pitanga a los labios.  
Tiene aún mi epidermis morena,  
No sé qué fragancias de trigo emparvado.

¡Ay, quisiera llevarte conmigo  
A dormir una noche en el campo  
Y en tus brazos pasar hasta el día

Bajo el techo aloado de un árbol.  
Soy la misma muchacha salvaje  
Que hace años trajiste a tu lado.

## Parábolas de J. E. Rodó

...A menudo se oculta un  
sentido sublime en un jue-  
go de niño.  
(Schiller, Thecla, "Voz de  
espíritu").

## MIRANDO JUGAR A UN NIÑO

Jugaba el niño, en el jardín de la  
casa, con una copa de cristal que, en

el limpio ambiente de la tarde, un  
rayo de sol tornasolaba como un pris-  
ma. Manteniéndola, no muy firme, en  
una mano, traía en la otra un junco  
con el que golpeaba acompasadamen-  
te en la copa. Después de cada toque,  
inclinando la graciosa cabeza, queda-  
ba atento, mientras las ondas sonoras,  
como nacidas de vibrante tri-

no de pájaro, se desprendían del heri-  
do cristal y agonizaban suavemente en  
los aires. Prolongó así su improvisan-  
da música hasta que, en un arranque  
de volubilidad, cambió el motivo de  
su juego: se inclinó a tierra, recogió  
en el hueco de ambas manos la are-  
na limpia del sendero, y la fué vertien-  
do en la copa hasta llenarla. Termina-  
da esta obra, alisó, por primor, la are-  
na desigual de los bordes. No pasó  
mucho tiempo sin que quisiera volver  
a arrancar al cristal, su fresca reso-  
nancia; pero el cristal, enmudecido, co-  
mo si hubiera emigrado un alto de su  
diáfano seno, no respondía más que con  
un ruido de seca percusión al golpe del  
junco. El artista tuvo un gesto de  
enojo para el fracaso de su lira. Hu-  
bo de verter una lágrima, mas la de-  
jó en suspenso. Miró, como indecise-  
a su alrededor; sus ojos húmedos se  
detuvieron en una flor muy blanca y  
pomposa, que a la orilla de un cante-  
ro cercano, meciéndose en la rama que  
más se adelantaba, parecía rehuir la  
compañía de las ojas, en espera de una  
mano atrevida. El niño se dirigió son-  
riendo, a la flor; pugnó por alcanzar  
hasta ella; y aprisionándola, con la  
complacencia del viento que hizo abatir  
se por un instante la rama, cuando la  
hubo hecho suya la colocó graciosamen-  
te en la copa de cristal, vuelta en  
afano búcaro, asegurando el tallo en-  
doble merced a la misma arena que  
había sofocado el alma musical de la  
copa. Orgulloso de su desquite, levan-  
tó, cuando alto pudo, la flor entroni-  
zada, y la paseó, como en triunfo, por  
entre la muchedumbre de flores.

## IX

¡Sabia, candorosa filosofía! pensé.  
Del fracaso cruel no recibe desaliento  
que dure, ni se obstina en volver al  
goce que perdió; sino que de las mis-  
mas condiciones que determinaron el  
fracaso, toma la ocasión de nuevo jue-  
go, de nueva idealidad, de nueva be-  
lleza... ¿No hay aquí un polo de sa-  
biduría para la acción? ¡Ah, si en el  
transcurso de la vida todos imitáramos  
al niño! ¡Si ante los límites que  
pone sucesivamente la fatalidad a nues-  
tros propósitos, nuestras esperanzas y  
nuestros sueños, hiciéramos todos como  
él!... El ejemplo del niño dice que  
no debemos empeñarnos en arrancar  
sonidos de la copa con que nos embre-  
lesamos un día, si la naturaleza de las  
cosas quiere que enmudezca. Y dice  
luego que es necesario buscar, en de-  
rección de donde entonces estemos, una  
reparadora flor que poner sobre la are-  
na por quién el cristal se tornó mu-  
do... No rompamos torpemente la co-  
pa contra las piedras del camino, sólo  
porque haya dejado de sonar. Tal vez  
la flor reparadora existe. Tal vez está  
allí cerca... Esto declara la parábola  
del niño; y toda filosofía viril, viril  
por el espíritu que la anime, confir-  
mará su enseñanza fecunda.

## LA TORRE DE ALEJANDRIA

El primero y mas grande de los To-  
lomeos se propuso levantar, en la isla  
que tiene a su frente Alejandria, alta  
y soberbia torre, sobre la que una ho-  
guera siempre viva fuese señal que  
orientara al navegante y simbolizase  
la luz que irradiaba de la ilustre ciu-  
dad. Sóstrato, artista capaz de un gol-  
pe olímpico, fué el llamado para trocar  
en piedra aquella idea. Escogió blan-  
co mármol; trazó en su mente el mo-  
delo simple, severo y majestuoso. So-  
bre la roca mas alta de la isla echó las  
bases de la fábrica, y el mármol fué  
lanzado al cielo mientras el corazón  
de Sóstrato subía de entusiasmo tras  
él. Columbraba allá arriba, en el vér-  
tice que idealmente anticipaba: la glo-  
ria. Cada piedra, un anhelo; cada for-  
ma rematada, un delirio. Cuando el  
vértice estuvo, el artista, contemplando  
en éxtasis su obra, pensó que había na-  
cido para hacerla. Lo que con genial  
atreimiento había creado, era el Faro  
de Alejandria, que la antigüedad con-  
tó entre las siete maravillas del mun-  
do. Tolomeo, después de admirar la  
obra del artista, observó que faltaba al  
monumento un último toque, y consistía  
en que su nombre de rey fuera escul-  
pido, como sello que apropiase el ho-  
nor de la idea, en enramada y bien  
visible lápida. Entonces Sóstrato for-  
zado a obedecer, pero celoso en su amor  
por el prodigio de su genio, ideó el  
modo de que en la posteridad, que con-  
cede la gloria, fuera su nombre y no  
el del rey el que leyese las generacio-  
nes sobre el mármol eterno. De cal y  
arena compuso para la lápida de már-  
mol una falsa superficie y sobre ella  
extendió la inscripción que recordaba  
a Tolomeo; pero debajo, en la entraña  
dura y luciente de la piedra, grabó su  
propio nombre. La inscripción, que du-  
rante la vida del Mecenas fué engaña-  
do de su orgullo, marcó luego las hue-  
llas del tiempo destructor; hasta que  
un día, con los despojos del mortero  
voló, hecho polvo vano, el nombre del  
príncipe. Rota y aventada la máscara  
de cal, se descubrió, en lugar del nom-  
bre del príncipe, el de Sóstrato, en  
gruesos caracteres, abiertos con aquel  
encarnizamiento que el deseo pone en  
la realización de lo prohibido. Y la  
inscripción vindicadora duró cuanto el  
mismo monumento; firme como la jus-  
ticia y la verdad; bruñida por la luz  
de los cielos en su campo eminente;  
no más sensible que a la mirada de  
los hombres, al viento y a la lluvia.

## PROFESIONALES

Ubaldo Pérez

PROCURADOR  
RINCON 523

Salvador Beterbide

ABOGADO  
RINCON 523

Dorsa

ESTA EN COLONIA Y CONVENCION  
VISITELLO